



TRABAJO FIN DE GRADO

GRADO EN FILOSOFÍA

CONVOCATORIA EXTRAORDINARIA

El poder supremo y el mejor control

AUTOR: Ignacio Hermoso Torres

DNI: 47585001W

TUTOR: Ignacio Sánchez Cámara

Resumen:

A lo largo de la historia, muchos autores han hablado del control de la población, de lo político, y en general de la soberanía. Fue a raíz de la lectura de varios de estos autores, que surgió la idea de aglutinar varias obras de diversos tiempos que hablaran sobre ello, y hacer una comparativa entre los diferentes tipos de control y de las sociedades constituidas. Así pues, el objetivo de este trabajo es dar una visión amplia de los diferentes tipos de soberanía que se han dado a lo largo de la historia de la humanidad, enfocándonos en seis obras emblemáticas para ello. Centrándonos sobre todo en la gestión política, las aptitudes del buen soberano y la forma de mantener ese poder.

Palabras clave:

Control, Soberanía, Sociedad, Poder, Política, Virtud.

Abstract:

Throughout history, many authors have talked about population control, political, and sovereignty in general. It was as a result of reading several of these authors that the idea arose of bringing together various works from different periods that talked about it, and to make a comparison between the different types of control and constituted societies. Thus, the aim of this work is to give a broad overview of the different types of sovereignty that have occurred throughout the history of mankind, focusing on six emblematic works for this purpose. Focusing above all on political management, the skills of the good sovereign and the way to maintain that power.

Keywords:

Control, Sovereignty, Society, Power, Politics, Virtue.

Índice

Introducción	5
1. Objetivos	5
2. Justificación del tema	5
3. Alcance.....	5
4. Tesis e hipótesis	6
5. Metodología y fuentes.....	6
Prólogo	8
El comandante (El arte de la guerra Sun-Tzu)	9
Trazar planes	9
Estratagemas	10
Variación en las tácticas.....	11
Las nueve situaciones.....	11
Asimilación del comandante	13
El príncipe (El príncipe de Nicolás Maquiavelo).....	14
Capitulo XV- <i>Por qué cosas los hombres y especialmente los príncipes, merecen alabanza o vituperio</i>	14
Capitulo XVII – <i>De la crueldad y de la clemencia, y de si vale más ser amado que temido.</i> 15	
Capitulo XVIII - <i>De qué modo deben guardar los príncipes la fe prometida.</i>	16
Capitulo XIX – <i>El príncipe debe evitar que se le menosprecie y se le aborrezca...</i> 17	
Capitulo XXI – <i>Qué debe hacer un príncipe para adquirir buena fama</i>	18
Capitulo XXIII – <i>Como se debe huir de los aduladores</i>	19
Asimilación del príncipe	20
El carcelero (Vigilar y castigar de Michel Foucault)	22
Suplicio	22
Castigo	23
Disciplina	25
Asimilación del carcelero.....	27
El positivista (Psicopolítica y La sociedad del cansancio de Byung-Chul Han)	29

De la biopolítica a la psicopolítica.....	29
El Big Brother amable y la sociedad del cansancio	31
La sociedad el burnout y los muertos en vida.....	33
Asimilación del positivista.....	34
Conclusiones y Epílogo	34
Bibliografía	35

Introducción

1. Objetivos

El objetivo general de este trabajo es analizar los diferentes tipos de sociedades y el poder ejercido por estas, sobre el pueblo para controlarlos, en las diferentes épocas de la humanidad; Para así determinar cuál es el control más fructífero y en que situaciones. A su vez, dentro de la cuestión se parte de tres objetivos específicos:

- Evaluar los tipos de sociedad y de cómo estas ejercían el poder político y de qué manera.
- Determinar las ventajas e inconvenientes de cada una de las sociedades, que afectan en medida en el mantenimiento de dicho poder.
- Estudiar e investigar los pensamientos de carácter político de los autores seleccionados.

2. Justificación del tema

El tema del poder y el control ha perdido mucha importancia en la medida en que vivimos, en su mayoría, en diferentes tipos de democracia. Por esto no solo precisa ser necesario conocer el pasado y la manera de gobernar de aquellos tiempos, sino además ver la influencia social que se determina en la sociedad actual. Categorizar de este modo los tipos de sociedades (en referencia a los diversos tiempos) nos hace ver con mayor claridad de qué forma se apaciguaban a las masas y de cómo se da en la sociedad de hoy en día.

Es posible, que, al leer este trabajo, se presuponga un carácter negativo de la política. Sin embargo, y nada más lejos de la realidad, evitar el descontrol de las poblaciones, así como la crispación supone uno de los objetivos de la composición política. Aguardar el poder no necesariamente supone abusar indebidamente de él (aunque en su medida corrompa), presupone, en su defecto, un mal menor en la creación de las sociedades. Al igual que antaño sé hablaba de contrato social, es imprescindible, acordar ciertos términos en las sociedades, para evitar conflictos innecesarios y problemas de intereses.

Además, la asimilación de este trabajo supone de un ejercicio mental. Pues dialogar con diversos autores para ver los fallos y dilemas que persisten en su composición política, no solo supone una ardua tarea de carácter filosófico, sino que sirve de mentor acerca de la posibilidad de un futuro.

Por esto el ejercicio de este trabajo se realizará en una supuesta búsqueda de la mejor política o el mejor control ejercido en una sociedad. De este modo, no solo será más fácil y entretenido la lectura de este trabajo, sino que, además, hará ver con más claridad como es que lo social supone uno de los temas más influyentes de nuestro día a día.

3. Alcance

La realización de este trabajo no persigue buscar de manera totalmente histórica el más efectivo uso de la política. En su defecto, solo atravesará de manera cronológica los autores escogidos, sin ir más allá de la exposición de la obra.

Debido a que esta investigación se centra en cuatro autores, no es posible profundizar en todo su pensamiento más allá del tema que nos concierne. Por ello, el ámbito principal será la política, concretamente, en el uso del control y la forma en que se ejerce su poder.

Se abordará, a su vez, de manera filosófica las sociedades descritas por el autor. De esta forma, se podrá hacer como práctica del pensamiento una pequeña comparativa de las diversas teorías de los autores.

4. Tesis e hipótesis

La tesis trata, de explicitar cuales son las características no solo del buen soberano/gobierno sino de la constatación de una sociedad por medio del uso de dicho poder. En su defecto, consagra la idea de si la progresión de la humanidad también ha determinado que el control y al poder político se perfeccionen. Todo esto, formulado bajo la hipótesis en forma de pregunta filosófica de si ¿Existe un control perfecto de la población? Y si es así de qué forma, y en qué medida, es posible que se dé.

5. Metodología y fuentes

El método empleado para la realización de este proyecto se basa en la lectura de obras filosóficas, así como del análisis en cuestión de estas obras. Centrándonos en las cinco obras escogidas como fuentes de bibliografía (además de una obra secundaria como apoyo), la forma de organizar estos libros no solo fue de manera cronológica, sino que además de forma en que se viera la evolución del control y de cómo la soberanía fue cambiando con el paso de los tiempos hacia sociedades más complejas. La composición de este trabajo se divide en siete bloques.

La introducción, donde se expone los objetivos del trabajo, su alcance, las obras abordadas y la índole de la cuestión; así como hacer visible la motivación de este trabajo y los elementos requeridos para la estructuración de este. Como añadido existe un siguiente bloque, un pequeño prólogo para introducirse más en el tema y hablar acerca de la concepción de lo político. Después, en el desarrollo principal del proyecto, dividido en cuatro secciones: Comandante, Príncipe, Carcelero y Positivista. La selección de estos nombres fue de manera conceptual, una forma de agruparlos en la medida en que su pensamiento se centraba (aunque no determine su esencia totalmente) En cuanto a la concreción de las secciones:

- El Comandante se basa en el estudio del libro escrito por Sun Tzu *El arte de la guerra* en el expresa las formas en que se debe tratar al enemigo y a los ejércitos si se precisa de la victoria.
- El Príncipe analiza la obra con el mismo nombre del autor italiano Maquiavelo, donde no solo comenta diversos estados y de cómo estos han fallado o no; sino que además expone la forma en la que debe comportarse un soberano para poder mantenerse en el poder y de qué manera hacerlo.

- El Carcelero habla sobre *Vigilar y castigar*, escrita por Michael Foucault. Donde explicita la sociedad de su tiempo basado en conductas, y donde trataremos la composición de esta sociedad disciplinaria.
- El Positivista, en este último apartado comentaremos las obras *Psicopolítica* y *Sociedad del cansancio* de Byung Chul-Han donde expresaremos la sociedad del momento y la forma en que esta nos domina sin saberlo.

Después del desarrollo damos paso a las conclusiones del proyecto junto al epílogo, donde damos una visión general y cerramos la asimilación de conceptos con un broche final.

Prólogo

Si queremos comenzar hablando de política, es para muchos imprescindible el uso que dio Aristóteles al término *Politika* para referirse a los “asuntos de las ciudades”. Sin embargo, la organización de las sociedades y por tanto del poder, es algo que se remonta incluso a la era del neolítico, donde los primeros homínidos tuvieron que saber agruparse para sobrevivir.

A raíz de aquel hecho, surgieron las sociedades tales y como las conocemos. Si somos estrictos en cuanto a un uso de la ciencia política, esta no nació con las antiguas sociedades, no por el hecho de que estas no usaran la política, todo lo contrario, observamos estructuras y agrupaciones definidas en aquella época; sino que estas estaban supeditadas a mitos o hechos divinos. Es con el nacimiento de la filosofía y de la doctrina científica que empezamos a ver este uso. El conocido paso del mito al logos. Aunque este hecho sea muy discutido.

Lo político se encuentra como vemos, de tan diversas formas. Ante esto el propio autor Carl Schmitt dedico una de sus obras más famosas a saber dónde se determina y delimita este propio concepto. El concepto de lo político de Schmitt nos comenta que acercarse a este término no es tan fácil como parece, pues el control de las sociedades y el poder resulta más complejo de lo que parece, y estipular sus confines cuando estos ya de por si son difíciles tan siquiera de ver, resulta ser un trabajo muy complejo.

"Si se aspira a obtener una determinación del concepto de lo político, la única vía consiste en proceder a constatar y a poner de manifiesto cuáles son las categorías específicamente políticas. Pues lo político tiene sus propios criterios, y éstos operan de una manera muy peculiar en relación con los diversos dominios más o menos independientes del pensar y el hacer humano, en particular por referencia a lo moral, lo estético y lo económico. Lo político tiene que hallarse en una serie de distinciones propias últimas a las cuales pueda reconducirse todo cuanto sea acción política en un sentido específico." (Schmitt, 2009, pág. 53)

Es en la medida en que es necesario, agrupar todas las características del término en un sentido único que Schmitt nos comenta acerca de lo amigo-enemigo como una forma de aglutinar estas características. Al igual que cuando hablamos de ética designamos lo bueno – malo o en estética lo bello-feo, la política reside en esencia entre esta distinción de lo que es enemigo y amigo. (Schmitt, 2009). Es en esta distinción en la que nos fijaremos a lo largo del trabajo. En cómo, cada forma de control, de mantenimiento de poder refleja esta propia distinción. Sin lugar a duda, quizás, el mejor contexto en el que podemos empezar para hablar es de la soberanía en la guerra.

Las guerras requerían de estratagemas, tácticas y fuerza para lograr conquistar o defenderse de un enemigo. Era preciso ser un estratega infalible si se precisaba de mantener la soberanía. No es de extrañar, que el primer control de la población y del poder lo encontremos en este ámbito. A su vez, era un asunto de vital importancia en los asuntos públicos, ya que servía, en su medida, para el mantenimiento del poder. Es por ello, que Sun-Tzu, un general y filósofo de la antigua China, dedico un libro entero al arte de la guerra.

El comandante (*El arte de la guerra Sun-Tzu*)

El arte de la guerra (Siglo V a.c) está dividido en trece capítulos: Trazar planes, Hacer la guerra, Estratagemas, Tácticas, La fuerza, Puntos débiles y fuertes, Maniobras, Variación en las tácticas, El ejército en marcha, El terreno, Las nueve situaciones, El ataque con fuego y La utilización de espías. Sin embargo, la indagación en cada capítulo requeriría salirnos más del tema que nos ocupa, por esto, trataremos aquellos que cumplen con lo imprescindible para hablar de control y estrategia.

Trazar planes

Como hemos mencionado anteriormente para Sun-Tzu el arte de la guerra era un asunto de vital importancia para el estado; y es de hecho que, si se quería permanecer como estado, era preciso saber controlar este arte.

“Es una cuestión de vida y muerte, un camino que conduce a la seguridad o la ruina. De ahí que sea objeto de una indagación que de ningún modo puede ser descuidada.” (Sun-Tzu, 2009, pág. 7).

El propio arte de la guerra según Sun-Tzu requería de dominar cinco factores imprescindibles y necesarios para poder asegurarse una victoria. Estos son: La ley moral, el cielo, la tierra, el comandante y el método y la disciplina.

El primero de los puntos, la ley moral, constituye uno de los fundamentos esenciales no solo en la guerra sino también en cualquier otro asunto del estado. Es necesario que el pueblo este de acuerdo con las decisiones del soberano, o que, en su medida, sopesen sus acciones. Para ello, tener un mismo fin y propósito hace que el pueblo lo haga sin rechistar. Es lógico pensar que todos los caminos tomados por un comandante (o gobernante) no serán de agrado para todo el batallón. Sin embargo, es la fe depositada en sus tácticas lo que hace que estas no se vean trucadas ni desestructuradas.

“La ley Moral hace que la gente esté de completo acuerdo con su gobernante, de modo que lo seguirán con desprecio de sus vidas, sin desmayo y ante cualquier peligro” (Sun-Tzu, 2009, pág. 8).

El cielo constituía todos aquellos aspectos meteorológicos que pudieran afectar a las tropas y toda aquella batalla que se libre. Es la noche y día, así como el frío y calor, el tiempo y las estaciones. Así como la tierra hace referencia a las distancias, peligros y desafíos que la topografía ponga por delante.

“El comandante representa las virtudes de la sabiduría, La sinceridad, La benevolencia, el valor y el rigor” (Sun-Tzu, 2009, pág. 8).

En cuanto al método y la disciplina no solo habla de la estructuración de mandos del ejército, como pueda ser las graduaciones de rangos. Sino que además habla del tipo de entrenamiento al que se somete al ejército para las batallas.

A partir de estos factores el comandante debe trazar los planes, modificándolos según las circunstancias y la forma en que se presente dichos factores. Sin embargo, existe además

un hecho relevante a la hora de trazar los planes, y que supone para Sun-Tzu la base esencial del arte de la guerra, el engaño.

La información que tiene el enemigo sobre ti supone un punto de inflexión en cualquier táctica. Desde la información falsa, hasta la aparente, el comandante precisa de jugar con las artimañas y con lo que tenga en mano para poder asegurar la victoria. Supone además una herramienta de control del poder muy utilizada en el ámbito de lo político (como veremos posteriormente en El Príncipe y en El Positivista), no solo para el sometimiento sino además para salvaguardar y obtener recursos necesarios para el mantenimiento del poder. Hacer creer que tienes o que no, supone una ventaja en cualquier aspecto que hable de tácticas.

“Todo el arte de la guerra se basa siempre en el engaño... De ahí que, cuando podamos atacar, debemos parecer incapaces; cuando utilicemos nuestras fuerzas, debemos parecer inactivos; cuando estemos cerca, tenemos que hacer creer al enemigo que nos hallamos lejos; cuando estemos lejos, tenemos que hacerle creer que nos hallamos cerca” (Sun-Tzu, 2009, pág. 11).

Estratagemas

En el propio arte de la guerra es donde se hace visible esa distinción entre amigo-enemigo, sin embargo, el cómo aprovecharse y el cómo se trate al enemigo, supone a su vez, una gestión del poder.

“Sun-Tzu dijo: en el arte práctico de la guerra, lo menor de todo es apoderarse del país enemigo, completo e intacto” (Sun-Tzu, 2009, pág. 19).

“Por ello, luchar y vencer en todas tus batallas no es la excelencia suprema; la excelencia suprema consiste en someter al enemigo sin luchar” (Sun-Tzu, 2009, pág. 20).

Sin duda, una de las mejores stratagemas para poder adquirir recursos es apoderarse del enemigo en su totalidad, pero esto no solo incide en la guerra; en el ámbito de lo político no supone una mayor fuerza aquel poder que entra violento y arrasa con lo que pise, sino aquel que no es escuchado ni notado en su presencia. Esto no quiere decir que el poder abusador no sea efectivo, sino que, en la medida en que el arte de la guerra se basa en el engaño, supone una jugada más efectiva aquella que no ha sido descubierta o no es aparente.

El autor dijo: “el jefe habilidoso somete a las tropas del enemigo sin luchar, se apodera de sus ciudades sin asediarlas, derriba su reino sin prolongadas operaciones de campo” (Sun-Tzu, 2009, pág.20)

Es de esperar que si suponemos que la mayor de las fuerzas es la que pasa sin ser vista, que el mejor de los generales sea aquel capaz de controlar dicho poder. Capaz de pillar por sorpresa al enemigo y que con su poder haga al enemigo someterse ante él sin luchar.

Variación en las tácticas.

En la medida en que la guerra es inesperada, hay que estar preparado para cualquier tipo de variación para adaptarse a la situación. Saber manejar los ejércitos supone una señal de que un buen comandante está liderándolos.

“Así, el estudioso de la guerra, que no está versado en el arte de variar sus planes... no conseguirá hacer el mejor uso posible de sus hombres” (Sun-Tzu, 2009, pág. 52).

Eso no solo supone ser flexible a los cambios, sino también saber estructurar el poder cuando se atente contra él. Esta es la capacidad del soberano y comandante hacer que sus hombres no caigan presas de sus enemigos. Que su poder no sea mermado y sobre todo que no cese ante los peligros.

En sí mismo, tener la capacidad de realizar cambios en medio de la lucha requiere de una sangre fría, pero sobre todo depende de una buena preparación para ello. Saber que puede no salir como está planeado y tener una contramedida para el problema, supone una ventaja mayor que saber lo que el enemigo prevé hacer.

“El arte de la guerra nos enseña a fiarnos no de la probabilidad de que no aparezca el enemigo, sino de nuestra preparación para recibirlo; no de la posibilidad de que no ataque, sino más bien del hecho de haber convertido nuestra posición en inexpugnable” (Sun-Tzu, 2009, pág. 53).

Sin embargo, no solo se debe tener un control perfecto de sus ejércitos si se quiere triunfar, sino también haber dominado las situaciones y las propias emociones que a uno le conlleva. Mantenerse recto y no dejarse llevar por lo que el cuerpo ansíe, resulta ser una tarea ardua pero necesaria para ganar las guerras.

Según Sun-Tzu existen cinco defectos peligrosos que pueden llevar a un comandante a la ruina. Estos son: la temeridad, la cobardía, un temperamento precipitado, una delicadeza de honor y una excesiva solicitud con sus hombres. Así pues, el comandante no debe ser dominado por el miedo, que le haga sucumbir, así como no debe dejar que su orgullo lo ciegue y como no debe dejarse llevar por lo emotivo que puede ser una pérdida, pues ya será cuando termine la guerra que se lloraran y honraran sus muertes.

Las nueve situaciones

Existen diversas situaciones donde el terreno puede influir en nuestros soldados, en zonas hostiles inclinadas o incluso amuralladas. Pero esto no tiene por qué ser motivo de derrota. Pues la disciplina en los hombres supone no solo en gran medida que estos sean expertos luchadores, sino que además se mantengan firmes y rectos ante la adversidad. El ejército tiene que estar de tal manera domado, que ataque incluso en la peor de las situaciones; que se lance al peor de los mares y arremeta con la más dura de las fortalezas. Las tácticas de comandante deben de controlar este ejército inexpugnable con la fuerza en que, si es atacado imprevistamente, tengo un nuevo plan para subsanarlo, o que, ante la dificultad de un terreno, sepa apañar los caballos para que anden sin cesar.

“El táctico habilidoso puede ser comparado con la Shuai-Jan. Ahora bien, la Shuai-Jan es una serpiente que se encuentra en las montañas Ch`ang. Si le atacas la cabeza, serás atacado por su cola; si le golpeas la cola serás atacado por la cabeza; si la golpeas en el centro, serás atacado por la cabeza y por la cola al mismo tiempo” (Sun-Tzu, 2009, pág. 83).

Para dirigir un buen ejército es necesario establecer un nivel de valor que los soldados puedan alcanzar, para que el fuerte y el débil, sean uno. Hacer que los arqueros precisos pero indefensos aprovechen la altura, y los soldados con armaduras atraviesen las filas con rapidez y fuerza. Obtener los mejor de ambos supone saber hacer un uso adecuado del terreno.

“Así, el general habilidoso dirige su ejército como si estuviera dirigiendo a un solo hombre de la mano, de grado o por fuerza” (Sun-Tzu, 2009, pág. 85).

Sin embargo, el comandante debe saber también desconcertar a los enemigos con la información que se les dé, de esta manera, no sabrán de donde vendrá el ataque. De la misma forma tus tropas no deben saber con toda exactitud tus intenciones. Deben ser capaces de seguir ordenes aun cuando estas son raras o poco aparentes, pues el enemigo puede saber de estas, y de una forma u otra, si son sinuosas, no verá más que oscuridad en el papel.

“Tiene que ser capaz de desconcertar a sus oficiales y a sus hombres con falsos informes y apariencias, para mantenerlos en la total ignorancia... Al alterar sus disposiciones y cambiar sus planes, consigue que el enemigo no pueda obtener ningún conocimiento definitivo” (Sun-Tzu, 2009, pág. 86).

Sun-Tzu nos comenta que el terreno es sin duda elemento imprescindible para poder llevar un ejército a la victoria. Por ello, debemos saber si atacamos a un país su gobernante, sus tierras, tradiciones, montañas y vestigios. Es importante saber, acerca de los países vecino, ya que establecer alianzas puede suponer una suma grande de poder, pero se tiene que saber sus intenciones, no se puede confiar en las manos de alguien que no las enseña.

El buen gobernante que ataca un país no necesita de fuerza externa para acabar con su enemigo, no malgasta recursos en fomentar el poder de otros estados. Lleva a cabo sus propias estratagemas, ordenes, secretos y designios para garantizar su victoria.

Además, aquel que es capaz de infiltrarse en el enemigo, acomodándose en el propósito de este, es capaz de ganar una guerra sin necesidad de enzarzarse en un campo de sangre. Debe ser capaz de mantenerse sereno y con astucia anticiparse a las artimañas del enemigo, y apoderarse de aquello que es más querido para él. En cuanto lo tenga será fácil poner contra las cuerdas y tomar la batalla decisiva contra él.

“Al principio, pues, demuestra la timidez y coquetería de una doncella, hasta que el enemigo te ofrezca una apertura; después, imita la rapidez de la liebre que corre y el enemigo ya no dispondrá de tiempo para oponerse” (Sun-Tzu, 2009, pág. 93).

Asimilación del comandante

Encontramos, por tanto, diversos valores y virtudes que debe de tener un comandante para ganar una guerra.

1. Debe ser astuto y veloz, capaz de prever las artimañas del enemigo y saber atravesarlas sin problemas.
2. Debe saber adiestrar a su ejército en una misma moral por la cual no haya revoluciones y se lancen directos sin pensar.
3. Deberá ser capaz de mermar la resistencia del enemigo sin necesidad de luchar. Pues en esto supone la excelencia suprema del poder, en controlar sin ser notado.
4. Necesita ser capaz de domar su propia voluntad y no caer en el descontrol, ni dejarse llevar por las emociones.
5. Debe parecer inofensivo e incluso débil para que no se esperen tu ataque.
6. Y, ante todo, debe ser capaz de engañar. Debe tramar algo sin que se conozcan sus intenciones, pues en esencia el arte de la guerra es el arte del engaño, y el mayor de los poderes el que actúa sin ser visto.

Sin duda, estas virtudes necesarias para poder alcanzar la victoria no solo suponen algo importante para el comandante, sino que también son precisas en el soberano, e incluso en su caso, necesarias en un príncipe.

El príncipe (*El príncipe de Nicolás Maquiavelo*)

En la segunda obra objeto de nuestro análisis que nos introducimos propiamente en los asuntos de un gobernante. La obra de Nicolás Maquiavelo llamada *El Príncipe* (1532) fue dedicada a Lorenzo de Medicis, como una congregación de los conocimientos de Maquiavelo sobre reinado, para que este pudiera saber gobernar como un buen príncipe.

También y en relación con Sun-Tzu, escribió un libro llamado a su vez *El arte de la guerra*, en el que explicaba sobre todo estrategias militares, y que, aunque no lo trataremos, resulta ser una lectura interesante. Volviendo al tema central, no es hasta el Capítulo XV- *Por qué cosas los hombres y especialmente los príncipes, merecen alabanza o vituperio* que encontramos las virtudes de un gobernante acerca de cómo gobernar.

Maquiavelo dedico gran parte al análisis de otros reinados, sus tipos, sus ventajas e inconveniente, que pese a ser muy interesante no es lo que buscamos propiamente. Por ello, que nos centraremos en lo característico del príncipe, es decir, en lo referido al gobernante.

Capitulo XV- *Por qué cosas los hombres y especialmente los príncipes, merecen alabanza o vituperio*

En este capítulo Maquiavelo nos habla de la conducta de los hombres y en general los príncipes. La primera alegación que encontramos es que el hombre que intenta siempre ser bueno fracasa en su cometido frente a otros que no lo son. Debido a que ellos juegan con reglas distintas a las del hombre bueno. Por esto el príncipe que quiere mantener su poder debe precisar de ser bueno o malo dependiendo de las circunstancias.

Todo príncipe posee cualidades dignas de elogio o de censura, así como existen aquellos que son firmes y justos; existe crueles y despiadados; existen altruistas y bondadosos o existen avaros y codiciosos. Sin embargo, estas cualidades, pese a tener una connotación negativa en el ámbito de lo ético, pueden suponer una seguridad en lo político. Aquello que es malo, puede suponer en una situación beneficiosa y aquello que es bueno y majestuoso puede ser causa de ruina. El príncipe debe intentar que su pueblo no le critique ni le difame por sus actitudes, pero debe saber utilizarlas para poder mantenerse en el poder.

“Comprendo que en el concepto general sería por demás laudable encontrar en un príncipe todas las citadas buenas cualidades; pero no siendo posible ni , si lo fuera, practicarlas, porque no lo consiente la condición humana, el príncipe debe ser tan prudente que sepa evitar la infamia de aquellos vicios que le privarían de poder , y aun prescindir , mientras sea posible, de los que no acarrear tales consecuencias... habrá cualidades que parezcan virtudes y en la aplicación produzcan su ruina, y otras que se asemejan a vicios, y que , fomentándolas, le proporcionan seguridad y bienestar” (Maquiavelo, 1989, pág. 62).

Supone entonces que, incluso cualidades como el ser presuntuoso y glamuroso puede acarrear problemas al estado al gastar dinero de las arcas en cosas para fortalecer dicha cualidad. Poniendo, a los súbditos en aprietos al tener que forzar con mayores impuestos a la población y de esta manera, difamándose. De la misma forma que un ávaro guardara el oro

sin invertir, costando la flaqueza de los territorios y convirtiéndose en un reino rico pero pobre.

Capítulo XVII – *De la crueldad y de la clemencia, y de si vale más ser amado que temido.*

Así pues, de la forma en que puede ser importante el uso de las cualidades (como bien hemos mencionado), de la misma manera, se tiene que hacer uso de la clemencia y de la crueldad. La crueldad es una destreza impugnada en gran medida, es por esto, que el príncipe no debe ganar mala fama con ella; pero de la misma forma, tampoco puede dejarse llevar por la clemencia, pues esta precisa de ser necesaria para evitar conflictos y males mayores. Consiste entonces en sostener una importante balanza de ser considerado un soberano temible pero no cruel, clemente pero no tan ingenuo.

“Debe, pues, el príncipe no cuidarse mucho de la reputación de cruel cuando le sea preciso imponer la obediencia y la fidelidad de sus súbditos, pues ordenando algunos poquísimos ejemplares castigos, resultará más humano que los que, por sobrados clementes, dejan propagarse el desorden, causante de numerosas muertes y robos...” (Maquiavelo, 1989, pág. 65).

Referente a esto, Maquiavelo se pregunta si es mejor ser temido o amado. El comenta que lo asombroso y sublime sería mantener estas dos cualidades, pero que lejos de la realidad, resulta una tarea muy difícil y en muchos casos prácticamente imposible. Por ello, es más seguro ser temido que amado, si es el caso de defecto de alguno de ellos. Esto se debe, a que, en los hombres residen cualidades como la avaricia, el egoísmo o la propia maldad. Por esto el temor resulta más útil en estos aspectos en los que el amor no es tan influyente. Aunque bien es cierto que ser amado tiene otras ventajas con respecto al pueblo, resulta más prudente proceder con el temor para mantener el poder; una vez más, en caso de no poderse tener ambos.

En cuanto al uso del terror, según Maquiavelo no debe excluir el afecto, puesto esto engendraría odio. De esta manera, es posible ser temido, pero no odiado. En caso de realizar un castigo, debe ser manifestada su causa para que el pueblo sepa el pago por sus crímenes. De la misma forma en que si se da muerte a alguien, se precisa de una previa explicación convincente para que los súbditos no caigan en el abucheo y la difamación.

No solo con esto es óptimo hacer uso de la crueldad también en el acto de disciplinar soldados, pues estos, requieren ser entrenados con mano dura y un ejercicio intensivo para tenerlos en forma dispuestos a la guerra. Además, el terror en esta forma en la que sigue existiendo un aprecio por alto cargo, genera súbditos leales y obedientes dispuestos a luchar.

“Entre las admirables acciones de Aníbal, se cita la que, mandando grandísimo ejército, formado por hombres de diversas razas y llevado a pelear a tierra extranjero, jamás hubo en él asonadas ni tumultos, ni entre los soldados, ni contra el general... Producía esta severa disciplina su inhumana crueldad, la que, unida a su grandísimo valor, hacía que le mirasen los soldados con veneración y terror.” (Maquiavelo, 1989, pág. 67)

Esta idea está intrínsecamente relacionada con lo que comentaba Sun-Tzu en el arte de la guerra. Una disciplina firme junto a una fuerte ley moral hace que los soldados vayan a las batallas sin pensar en su muerte y con ganas de servir a su comandante.

Así pues, y referente a lo que hablábamos antes, de si un príncipe debe ser temido o amado. Maquiavelo expone que los hombres aman según su propia voluntad, mientras que el terror depende más bien de la voluntad del príncipe. Por esto es mejor, en su defecto, ser temido que, ser amado, pues puedes ejercer control de tu terror, pero no del amor del populacho.

Capítulo XVIII - *De qué modo deben guardar los príncipes la fe prometida.*

Cuando hablamos de la lealtad o de la falacia, seguramente todo el mundo prefiera aquel príncipe que mantiene su palabra y no miente. Sin embargo, según Maquiavelo, por experiencia de los tiempos en el pasado existen muchos príncipes que pese a su mantenimiento de la palabra poco pudieron hacer, y que otros, sin embargo, realizando magníficas hazañas usaron el engaño y el dominio sobre las personas que en ellos confiaban.

Cuando hablamos de combatir se puede realizar de dos formas en la opinión de Maquiavelo. Mediante la ley o mediante la fuerza. Unos pensarían que lo propio de la humanidad son las leyes y que la fuerza corresponde más a un instinto animal más que otra cosa. Sin embargo, un príncipe debe ser capaz de usar cualquiera de estas dos formas para mantener su mandato. Pues no siempre es posible mantener bajo la ley a los que gobiernan. Como hemos comentado anteriormente, los hombres tienen intereses propios y se dejan seducir por sus deseos. Ante esto el gobernante debe ser capaz de emplear los procedimientos de los animales.

Debe ser fuerte y temido como un león y astuto y silencioso como un zorro. Debe poder espantar a los lobos que acechan su gran poder y a su vez, ser listo como para evadir las trampas de aquellos que sus deseos contradicen los del soberano. Si solo se tiene una de estas formas, no podrá mantener el poder durante mucho tiempo. Aquel que, con su gran valor y tamaño, solo es león no sabrá ver los engaños y los cepos que cuidadosamente colocaron sus enemigos. Acabará sumido en el caos y con puñaladas en la espalda. De la misma manera que aquel que solo sabe con su inteligencia esquivar las trampas y no resultar engañado, verá que será sobrepasado con creces en fuerza cuando un ejército, o incluso el pueblo, llamen a su puerta. Será pues el cometido del príncipe salvaguardar estas cualidades.

Es ante las promesas que un príncipe debe saber cuáles le beneficia mantener y cuáles debe incumplir. En un mundo sin maldad y sin malicia no sería necesario romper las reglas ni faltar a tu fe. Sin embargo, como no existe esa realidad, y el hombre hace uso de atrocidades y engaños para conseguir sus intereses. Es necesario saber jugar con sus propias reglas e incumplir aquellas promesas que suponen un peligro para el gobernante.

Eso sí, el príncipe debe ir con medida, sus pasos no deben causar revuelo ni sus acciones deben caer en ser repudiadas. El engaño es quizás una de las mejores herramientas que tiene el príncipe para poder salvaguardar su poder, pero también existe gente que hace

uso del zorro. Con ello, no se debe poner en un aprieto, sin antes meditarlo, a alguien que pueda realizar una contramedida que provoque una destrucción en el estado.

“Pero es indispensable saber disfrazar bien las cosas y ser maestro en fingimiento, aunque los hombres son tan cándidos y sumisos a las necesidades de cada momento que, quien engañe, encontrará siempre alguien que se deje engañar” (Maquiavelo, 1989, pág. 69).

Sin duda, otra relación entre el arte de la guerra y el príncipe. Sun-Tzu y Maquiavelo inciden en que el engaño supone no solo una herramienta, sino probablemente uno de los mejores métodos para obtener el control y mantener el gobierno. Reside en este arte la capacidad no solo de no hacer aparente tus acciones y pillar de improviso a tus enemigos, sino que además supone que puedas hacer uso de tu poder sin que nadie se percate de tu presencia; haciendo aún más poderoso al gobernante. Es incluso posible, que si el engaño se hace de manera óptima sin que se perciba, que hablaríamos del poder supremo, aquel que oprime al enemigo sin luchar.

Capítulo XIX – *El príncipe debe evitar que se le menosprecie y se le aborrezca*

Como bien hemos ido comentado, hacer uso de las cualidades de un príncipe resulta ser una técnica necesaria.

Sin embargo, existen muchos casos en los que hacer un indebido uso de estas características puede acarrear unos infortunios al príncipe. Según Maquiavelo lo que más se debe evitar es ser menospreciado y aborrecido, o en su defecto ser odiado y repudiado. Pues estas pueden llevarle a la ruina en menos de lo que llega el alba.

Ser odiado lleva consigo que pierdan la fe en ti, que se quieran sublevar y que no acaten ninguna orden; incluso aquellos de los que se tenía por más fieles. Ser aborrecido consiste en algo parecido, nadie querrá que sea tuyo el gobierno, ni a nadie le interesara tu mandato; serás un hazmerreír al que sustituirán en un santiamén.

A estos aspectos se puede llegar de diversas formas, desde ser cruel y malévolo hasta ser demasiado indulgente y pusilánime.

Con esto, el príncipe debe cuidarse de no solo no llegar a estos aspectos, sino que además nadie con mala fe haga creador al pueblo de que se tiene una de estas características. Para ello debe fijarse en lo que respecta al interior del gobierno y a lo exterior de sus límites.

“El príncipe debe temer siempre dificultades de dos clases, interiores una y exteriores otras: relativas a sus súbditos y referentes a los potentados extranjeros “ (Maquiavelo, 1989, pág. 71).

Para mantener a raya a los invasores del exterior, será necesario, en su medida, un buen ejército y poderosos aliados que luchen a su favor. Siempre teniendo en cuenta las propias intenciones de los aliados y siendo siempre si es posible, superior a ellos. Si eres capaz de doblegarlos con la diplomacia, el engaño, la fuerza y las argucias, no deberás de tener problema para poder solucionar los problemas que vengan del exterior.

“En cuento a los asuntos interiores, cuando no existen cuestiones con el extranjero, debe precaverse el príncipe contra los que secretamente conjura. La mejor precaución consistirá en evitar que le odien y le desprecien, teniendo al pueblo satisfecho de su gobierno, lo cual es indispensable, según ya hemos explicado extensamente” (Maquiavelo, 1989, pág. 71).

Hacer uso de la bondad y del altruismo también supone una buena arma contra las perjurias de los súbditos. Realizar donaciones, conseguir adoradores y en general, tener buena fama, conlleva una buena estabilidad para el príncipe. Pues un pueblo que tiene sus necesidades cubiertas y se siente satisfecho con el gobernante, no dudará en apoyarle si existe alguna falla o equivocación (siempre teniendo en cuenta que habrá quien no esté de acuerdo).

Supone, sin duda, una ardua tarea para el gobernante tener contento a la población, más aún cuando los deseos de los súbditos son tan diferentes y diversos. Sin embargo, siempre se verá con mejores ojos una acción buena o neutra que una mala (aunque esto rija de modalidades éticas). Por esto, ante los ojos del pueblo tus acciones deben de ser siempre buenas y en pos de la felicidad del populacho, aunque luego, en la sombra, se cometan crímenes atroces con intenciones de mantener el poder. El engaño resulta ser una de las mejores artimañas.

Capítulo XXI – *Qué debe hacer un príncipe para adquirir buena fama*

Relacionando con lo mencionado anteriormente, Maquiavelo comenta que lo que realmente más contribuye a la buena fama, es decir, en mantener ese estatus con el pueblo, son las grandes empresas y los extraordinarios ejemplos de sus méritos.

Es necesario hacer alarde de los logros, sin llegar a colmarse de ellos; al igual que es un acto glorioso apoyar a las empresas que puedan sufragar los gastos del gobierno, sin llegar a que estos lo controlen.

Mantenerse en la balanza es una virtud, como es la templanza, sin embargo, y como hemos mencionado, es necesario para el príncipe saber controlarlas y hacer uso de ellas solo y cuando sea necesario. La neutralidad también puede jugar una mala pasada.

Ante un enfrentamiento de pueblos vecinos decantarse por un bando puede resultar muy útil antes que mantenerse neutral (en la mayoría de los casos); aunque no se haga participe en ella. Pues esto genera que el vencedor no tenga intenciones de atacar o conquistar tu gobierno si lo ve como aliado. Sin embargo, es en la neutralidad de la elección que tropas vecinas de diversos bandos vean al gobierno como una forma de obtener recursos y ganar mano de obra

“En cualquiera de ambos casos te será siempre útil tomar partido por alguno de ellos e intervenir en la guerra, pues en el primero, si permaneces neutral serás siempre presa del vencedor con satisfacción y alegría del vencido, y sin que puedas alegar razón alguna que justifique tu conducta y que te defienda del conquistador; porque quien vence no quiere

amigos sospechosos que dejen de ayudarlo en la adversidad, y el que pierde rechazará tu amistad, por no haber querido protegerle con las armas durante la lucha” (Maquiavelo, 1989, pág. 84.85)

Como se ve, ser neutral también puede ser una causa de la ruina de un reino, y en estos casos es siempre mejor hacer uso del apoyo a alguno de los dos bandos, independientemente de cuál sea el resultado. Pues si es el vencido al que ayudas, mantendrás a un aliado que vio como le ayudabas en la batalla, aunque esta resultará presa del infortunio; de la misma forma en que si se apoya al vencedor, te verá como un amigo que le ayudó en su victoria, ganándose un aliado, que necesitará de tu ayuda para recomponerse de los recursos utilizados.

En caso de que el vencedor, resulte ser mucho más poderoso que incluso el gobierno del príncipe será mejor no aliarse con él para atacar al tercero, salvo en caso de última necesidad; pues, en caso de vencer quedará a su discreción, cosa que se debe evitar mientras sea posible.

Aparte de la guerra, el príncipe tiene que fijar su mirada en otras áreas como puede ser el arte o el comercio, pues estas, aunque poco evidentes, tienen una influencia grandiosa en la población. Promover estas prácticas hacen no solo que el estado se vuelva más poderoso en cuanto a la mejoría, sino que el intercambio de fama y la contentación del pueblo pueden suponer un punto de inflexión en el gobierno. El comercio supone una fuerte medida de control y reabastecimiento, de la misma forma en que el arte sirve de exaltación y ocio para el populacho. Distraer al pueblo, con fiestas y espectáculos, hará crecer la opinión de la bondad del príncipe y de su gran gobierno.

“También debe el príncipe mostrarse amante de la virtud, honrar a los que sobresalen en cualquier arte, alentar a sus conciudadanos a que ejerzan tranquilamente sus profesiones y oficios, lo mismo en el comercio que en la agricultura, y en todas las demás ocupaciones a que los hombres se dedican, para que no se abstengan de mejorar sus fincas por temor a que se las quiten, y otros de abrir nuevas vías al comercio por miedo a los impuestos; muy al contrario, premiará a los que tales cosas quieran realizar, y a cuantos por cualquier camino proyecten el engrandecimiento de su ciudad o de su Estado” (Maquiavelo, 1989, pág. 86).

Capítulo XXIII – *Cómo se debe huir de los aduladores*

Elegir quienes aconsejan al príncipe, así como aquellos que mantiene como mano derecha, y revelar los posibles engaños es una tarea importante para que el poder no caiga en otras manos.

Maquiavelo comenta que el príncipe debe elegir en su corte a hombres sabios que le puedan aconsejar; pero que solo ellos puedan decirle la verdad, y que solo acerca de aquello a lo que él pregunte. Disponer de una amplia gama de ayudantes, puede servir para mantener de manera firme la constitución del reino, pero no tiene que dejarse llevar por ellos el príncipe.

Cuando hablamos de aconsejar, si se le permite a todo el mundo podrán faltar al respeto al soberano y pensar que está demasiado influenciado por su plebe. Sin embargo, no

escuchar los consejos, puede suponer no solo el fin del mandato, sino la crispación de aquellos que están bajo sus órdenes.

“Conviene no obstante que en todo les consulte y oiga su opinión, determinando después lo que considere más provechoso, y portándose con estos consejeros de modo que todos comprendan lo mucho que le agrada la libertad y franqueza de sus consejos, salvo las críticas de las resoluciones tomadas, por tenacidad en la defensa de la opinión propia” (Maquiavelo, 1989, pág. 88)

Reside en el soberano controlar que los consejos sean solo y cuando él los pida, pues deben ser cuidadosos, otorgados en momentos precisos. Si no, pudiera parecer que se otorga demasiado poder, y que la corrupción llegue al Estado de la mano de sus consejeros. Deberá saber hacer balanza entre incorporar los consejos buenos que les otorgan sus consejeros (cuando precise de ellos) escuchándolos detenidamente y también ejercer de un buen mandato, haciéndose ver que es un príncipe capaz de gobernar.

“En conclusión: conviene que los buenos consejos, procedan de quien procedan, resulten originales de la prudencia del príncipe, y no que ésta parezca resultado de buenos consejos” (Maquiavelo, 1989)

Asimilación del príncipe

Encontramos, por tanto, en la obra de *El Príncipe* de Maquiavelo nuevamente virtudes que hacen a un gobernante bueno. Observamos, a su vez, muchas similitudes con el pensamiento de Sun-Tzu, lo que nos denota ciertas características obligatorias en cualquier mandato:

1. Se debe saber conciliar la ética para poder gobernar. Haciendo uso de aquello denotado como malo o bueno en la medida en que esto sea necesario para mantener el poder, la ética es una herramienta más del príncipe, no debe dejarse llevar por ella y si quiere mantenerse en el poder debe saber usarla a su favor.
2. El gobernante debe ser en su medida temido y amado al mismo tiempo, aunque como en su defecto no siempre es posible, deberá mantener el temor entre estas cualidades.
3. Deberá procurar no ser odiado ni difamado, para que no existan revueltas en su contra ni el pueblo quiera echarle de su gobierno.
4. El príncipe tiene que ser fuerte y robusto como un león para evitar que le ataquen, y astuto y sigiloso como el zorro para evitar que le engañen.
5. El engaño resulta ser nuevamente una de las mejores formas de mantener la soberanía, haciendo creer que se es bondadoso, mientras se hace uso de otras cualidades no tan afables para mantener dicho poder. De la misma manera que el poder supremo reside en que este no sea visible ni notado.

6. Deberá cuidarse de quienes se rodea, así como apoyar a su pueblo y a quien le sea beneficioso para el estado

Como vemos las cualidades de un soberano caen en ser más o menos las mismas, con diversos matices. Sin embargo ¿es posible que esto se aplique en sociedades en las que es el estado el que manda supeditado por varios en vez de uno? Para muchos el hablar de un soberano o de alguien que gobierne como un príncipe o un rey le parece fuera de la orden del día, pero el pasado resulta un espejo del presente, en la medida en que esté ha evolucionado aprendiendo de él y mejorándose. El control político aprende nuevas formas de manejar al individuo y a su población, pero como veremos, sigue residiendo en estas formas los valores anteriores y las virtudes propias de un buen gobernante.

El carcelero (*Vigilar y castigar* de Michel Foucault)

En la obra *Vigilar y castigar* (1975), Michel Foucault analiza cómo han cambiado los mecanismos sociales y la estructuración de estos en la Edad moderna, debido a los nuevos sistemas penales nacidos en Occidente. En esta se habla acerca de la conducta, de la disciplina y del control que se ejerce en instituciones como los hospitales, las escuelas o las prisiones.

Supone, por tanto, como veremos, una nueva forma de controlar a la población hacerlos dóciles a las órdenes del gobierno que los requiere para poder salvaguardar sus intereses.

Suplicio

En el primero de los capítulos, Foucault hace una distinción y un exhaustivo examen de cómo se componía el sistema penal de la Edad Media. En ella residía un sistema basado en castigos físicos, en consecuencia, al delito que delimitara la acción. De esta forma la condena del ajusticiado era progresivo en función de la gravedad del delito. A esto es a lo que Foucault entiende por los suplicios.

A su vez, suponía de una forma de calmar al pueblo, no solo haciéndoles ver el poder del soberano, atrapándolos en un temor a realizar lo catalogado como incumplimiento penal, sino que además servía de espectáculo para aumentar las ansias del pueblo y que pudieran desfogarse con aquel enjuiciado que sufría la condena.

“Las notaciones de la infamia se redistribuyen: en el castigo-espectáculo, un horror confuso brotaba del cadalso, horror que envolvía a la vez al verdugo y al condenado, y que, si bien estaba siempre dispuesto a convertir en compasión o en admiración la vergüenza infligida al supliciado convertía regularmente en infamia la violencia legal del verdugo” (Foucault, 2003, pág. 12).

Los arrastres de caballos, las mutilaciones, las ruelas e incluso las ejecuciones se servían de una violencia presencial que hacían de manera lúdica al espectador participe de la ley. Aquellos presentes creían fervientemente en lo que veían, no solo porque provocaba un sentimiento en sus carnes, debido a la adrenalina del sufrimiento o la pena por el que sufría la condena; sino que además fortalecían la ley, al ver como se daba de hecho lógico y buscado por el ajusticiado el incumplimiento de esta ley.

Persistía en ellos pues algo semejante a la ley moral de la que hablaban Sun-Tzu y Maquiavelo, pues mantenía al pueblo preso de la fe en la justicia y lo transformaba además en una manera de ocio. Con esto unían al pueblo bajo esta ley y sellaban al apoyo a base de sangre.

En contraposición, el avance llevó consigo que en la Edad Moderna se diera un objetivo distinto con el condenado y la condena. Ya no se utiliza el cuerpo como método de espectáculo ni como forma de afianzar los deberes con el pueblo. Supone una herramienta para el gobierno para poder instruir en una conducta y una disciplina para poder introducirlo en la sociedad.

Ya no utilizaba la mutilación, como forma de hacer ver el poder del soberano, sino que con el poder del soberano hace suya la utilización del cuerpo del condenado para poder hacer uso del en el trabajo o en las áreas que lo precise. Supone un cambio de paradigma en cuanto a que la libertad como derecho se ve privada por el encarcelamiento a la vez, que se redirige la conducta mediante obligaciones y prohibiciones para conseguir favorecer lo que el estado necesita

“El cuerpo se encuentra aquí en situación de instrumento o de intermediario; si se interviene sobre él encerrándolo o haciéndolo trabajar, es para privar al individuo de una libertad considerada a la vez como un derecho y un bien. El cuerpo, según esta penalidad, queda prendido en un sistema de coacción y de privación, de obligaciones y de prohibiciones. El sufrimiento físico, el dolor del cuerpo mismo, no son ya los elementos constitutivos de la pena. El castigo ha pasado de un arte de las sensaciones insoportables a una economía de los derechos suspendidos.” (Foucault, 2003, pág. 13).

Castigo

El nacimiento del nuevo tipo de castigo intentaba anular los suplicios, ya que residía en ellos la sobrecarga del poder del soberano, además de que denigraban a la persona hasta tal punto que hacía poco visible si lo que se encontraba ante ellos era un condenado, un paria o una raza distinta a la humanidad. Despojaba, por tanto, al condenado de cualquier ápice de humanidad y lo transformaba en un objeto de esta representación del poder soberano y un método de espectáculo. Este proceso fue paulatino, conforme se eliminaban e imponían leyes que iban prohibiendo estas actividades.

“Esta necesidad de un castigo sin suplicio se formula en primer lugar como un grito del corazón o de la naturaleza indignada: en el peor de los asesinos, una cosa al menos es de respetar cuando se castiga: su "humanidad". Llegará un día, en el siglo XIX, en el que este "hombre", descubierto en el criminal, se convertirá en el blanco de la intervención penal, en el objeto que pretende corregir y transformar, en el campo de toda una serie de ciencias y de prácticas extrañas —"penitenciarias", "criminológicas" (Foucault, 2003, pág. 68).

Lo primero en lo que se incidió fue en la forma en que se daban estos suplicios, en cómo delimitaban estas condenas y de qué forma lo hacían. Los castigos en el cuerpo debían formularse de una manera más proporcionada y definida. No existía la misma proporción entre un ladrón que robaba y aquel que asesinaba. Ambos sufrían no solo la humillación pública sino de además una misma condena. Mutilar por robar e incluso condenar a muerte por ello, suponía que esa vida de ladrón era ajusticiada pero no daba pie a que se saliera de esa vida. Consistía más bien en un temor a la muerte en la medida en que esta resultaba de fin último sentenciando a la persona y perdiendo así el control de esa vida.

“Es, pues, necesario controlar y hacer entrar en el código todas estas prácticas ilícitas. Es preciso que las infracciones estén bien definidas y seguramente castigadas, que, en esta masa de irregularidades toleradas y sancionadas de manera discontinua con una resonancia desproporcionada, se determine lo que es infracción intolerable, y que se someta a su autor a un castigo que no pueda eludir” (Foucault, 2003, pág. 80).

Estos suplicios suponían la sobrecarga del poder del soberano. Sin embargo, esto existía como una venganza por los crímenes cometidos, pero una venganza ajusticiada por el

soberano por atacar sus intereses. Consistía en un ataque desmedido contra el enjuiciado para evitar que otros pudieran realizar el mismo, pero frecuentaba esa venganza que más que justa parecía personal.

Con el ascenso de la burguesía se precisaba de una justicia que no fuera tan desmedida pero que se preocupara de los pequeños actos. Porque estos actos ya no atacaban al soberano, sino que atacan a la sociedad entera. Anteriormente muchos delitos pasaban desapercibidos porque no atacaban directamente al soberano. De esta forma, muchos pasaban inadvertidos y la justicia no hacía nada ante ellos. La necesidad de formular este nuevo cambio llevo consigo varias reglas a seguir en pos de la mejoría de esta justicia.

“Los reformadores piensan dotar el poder de castigar de un instrumento económico, eficaz, generalizable a través de todo el cuerpo social, susceptible de cifrar todos los comportamientos, y, por consiguiente, de reducir todo el campo difuso de los ilegalismos” (Foucault, 2003, pág. 87).

Es ante esta nueva designación del poder castigar que se procuró una nueva ley. Según Foucault esta se basaba en seis reglas donde reposaba esta forma de poder:

Regla de la cantidad mínima: Cuando se comete un crimen se espera una ventaja frente a quien no lo hace, es por ello, que el castigo debe de estar supeditado a ser equitativo con esta ventaja, que los costes de ser pillado en la realización del crimen provoquen una condena parecida a la ventaja que pretendían conseguir con ello, además de un sumativo por infringir la ley.

Regla de la idealidad suficiente: En la medida, en que existe una ventaja al cometer el delito, debe descansar en su condena una desventaja por ello. El castigo debe basarse totalmente en esa desventaja, y aunque se utilice el cuerpo, este debe ser como representación de esta inconveniencia, no en un suplicio que castiga al cuerpo por castigar.

Regla de los efectos laterales: Todos los efectos que acarren la pena deben estar ligados no en producir un desagrado al culpable, sino en los que pueden llegar a ser criminales. De la forma en que la muerte, como se daba en el suplicio solo suponía un fin del culpable, la esclavitud y encarcelación supone una vida de impotencia que visto desde fuera supone algo mucho más espantoso que la muerte y que, aunque el condenado no viva con exactitud esa opinión de la condena, sí que se vea reflejada para evitar reincidencia y nuevos condenados.

Regla de la certidumbre absoluta: Debe quedar totalmente explícito que el cometedor del crimen va a ser enjuiciado. Por esto reside en la justicia, la vigilancia para castigar al posible condenado.

Regla de la verdad común: Con el nacimiento del método científico, también nació su aplicación en la justicia, la cual busca ahora de manera empírica los hechos comprobables que denotan al acusado culpable.

Regla de la especificidad óptima: Es preciso que todos los delitos posibles de cometer queden escritos y especificados. Debe existir una individualización de las penas en base a las infracciones realizadas y a las características del delincuente. Naciendo así, una nueva sección en las ciencias humanas y sociales que se encarguen de estos asuntos.

Si nos fijamos detenidamente comprobamos que en lo que se basa realmente esta nueva realización de la justicia es en tener un control social mucho más fuerte y visible que haga que el individuo se sienta observado y que, por tanto, no se atreva a realizar estos crímenes por miedo al castigo. Lo cual incide una vez más en ese temor característico del soberano, del comandante y del príncipe, como herramienta de control de la población.

Disciplina

Y tras explicar la evolución y los cambios que se produjeron llegamos quizás a la parte más relevante para el tema que nos ocupa, pero que sin la anterior explicación no se haría evidente.

Esta evolución de la que hablábamos vio que estas mismas reglas y formas de incidir en el condenado podían trasladarse a otros ámbitos, como las escuelas o incluso los hospitales. Era posible tener una fuerza de control que se extendiera a diversas áreas pero que mantuviera la misma esencia.

Se hace visible que el trato con el cuerpo del individuo es capaz no solo de doblegarlo, sino en cambiar sus intereses, su forma de actuar, e incluso su forma de pensar. Es posible mediante conductas, castigos, prohibiciones y sobre todo disciplina, la creación de un individuo perfecto para la sociedad.

“Es dócil un cuerpo que puede ser sometido, que puede ser utilizado, que puede ser transformado y perfeccionado” (Foucault, 2003, pág. 125).

La disciplina ejercida sobre el individuo se basaba en una prohibición acérrima, una negatividad aplastante que inducía en premio y castigo a la víctima de este poder. Ejercía con mucha fuerza un cambio de conducta y de trabajo. Esto no suponía la primera vez que esto se daba, incluso anteriormente en los conventos existían estos horarios y pautas que todo monje debía seguir. Controlaban todo lo que hacían y ellos devotamente seguían de manera monótona su vida en base a este modo. Sin embargo, es con las nuevas técnicas que esto se hizo más evidente y poderoso, ya no solo remitía a aquellos que devotamente crían en ello, sino que hace poseedor de esta disciplina a todo individuo. Ahora incide completamente en la sociedad.

Estas nuevas técnicas no se fijan en el cuerpo en su totalidad, sino que mediante trabajos va específicamente rectificando cada parte del cuerpo. Mediante gestos, actitudes y movimientos mecánicos convierten al cuerpo en una máquina productiva. Según Foucault, el control se ejerce en búsqueda de una economía, de una producción y reproducción de movimientos similares para mejorar la eficacia de estos movimientos. No existe una ceremonia como se podía dar en los conventos, solo existe el puro ejercicio, y la asimilación de este. Convierte a la actividad del individuo en una amalgama de movimientos en un espacio y un tiempo determinado que inducen a una disciplina controladora.

Ya no estamos hablando de una disciplina como la que tratamos en el comandante o en el príncipe, no es una disciplina que convoca al pueblo a ser seguidor del gobernante, no busca que estos por motivación sigan las instrucciones y ordenes, sino que los convierte en máquinas. Puras máquinas que obedecen no por simpatizar con el mandato sino por interiorizar todos los procesos que han memorizado con la práctica. No son soldados que

adiestrados siguen las órdenes sin rechistar, sino autómatas que repiten una y otra vez la orden que aprendieron hasta realizarla a la perfección, objetos de producción para el Estado.

Ante esta necesidad implícita de generar estas conductas en el individuo que se construyen y estructuran espacios diseñados cuidadosamente para fortalecer esta disciplina en el pueblo, además de ser espacios de producción, suponen una forma de vigilar que no se cometan crímenes, una forma de que no existan delincuentes que vayan en contra de la ley, que no existan conjuradores que vayan en contra del soberano.

“Se fijan unos lugares determinados para responder no sólo a la necesidad de vigilar, de romper las comunicaciones peligrosas, sino también de crear un espacio útil” (Foucault, 2003, pág. 132).

Estos sitios inducen al individuo en un estado de control del tiempo, de su conducta y de pensamiento. Suponen una red entrelazada de producción de individuos capaces de acatar irrefrenablemente todos aquellos movimientos que practicaron una y otra vez, hasta interiorizarlos. Además, el agrupar todas estas formas de control en un mismo panorama da lugar a la eficiencia, a una producción desmesurada en contraposición de lo anterior. Cada minuto, cada parte del horario y cada movimiento perfecciona, en su medida, toda forma de producción. Es una red entera construida para generar disciplina un nuevo tipo de dispositivo de acción y de control

“Este espacio cerrado, recortado, vigilado, en todos sus puntos, en el que los individuos están insertos en un lugar fijo, en el que los menores movimientos se hallan controlados, en el que todos los acontecimientos están registrados, en el que un trabajo ininterrumpido de escritura une el centro y la periferia, en el que el poder se ejerce por entero, de acuerdo con una figura jerárquica continua, en el que cada individuo está constantemente localizado, examinado y distribuido entre los vivos, los enfermos y los muertos — todo esto constituye un modelo compacto del dispositivo disciplinario” (Foucault, 2003, pág. 182).

Esta nueva forma de control se compone en base al concepto del Panóptico que delimitó Bentham. Esta arquitectura carcelaria en forma de anillo permite al carcelero ver a todos los encarcelados, a todos los criminales, cada movimiento, cada respiración, cada conducta, esta supervisada por esta estructura.

“El Panóptico de Bentham es la figura arquitectónica de esta composición. Conocido es su principio: en la periferia, una construcción en forma de anillo; en el centro, una torre, ésta, con anchas ventanas que se abren en la cara interior del anillo.” (Foucault, 2003, pág. 184).

El Panóptico no solo permite vigilar y castigar a todo individuo. Es, en su medida, un control absoluto de lo que pueda hacer el pueblo. Es incluso posible que en el interior de la torre donde supuestamente se encuentra el carcelero no se halle allí. El preso, al no poder ver tras las ventanas tintadas de la torre no sabe si realmente está siendo vigilado o no, pero es esta posibilidad de que esté siendo observado que el criminal no comete ningún delito. No se atreve a realizar ningún movimiento fuera de lo establecido por miedo a la reprimenda y el castigo que se le pueda ejercer. Todo ladrón o asesino no se atrevería a cometer su crimen a sabiendas de que lo estaban viendo, salvo que pudiera escapar con seguridad o que sufriera de algún trastorno. En este panóptico no existe la escapatoria y la mentalidad del individuo al estar plenamente supeditada a los movimientos repetitivos de los horarios y la conducta no es capaz de mirar más allá.

“De ahí el efecto mayor del Panóptico: inducir en el detenido un estado consciente y permanente de visibilidad que garantiza el funcionamiento automático del poder. Hacer que la vigilancia sea permanente en sus efectos, incluso si es discontinua en su acción. Que la perfección del poder tienda a volver inútil la actualidad de su ejercicio; que este aparato arquitectónico sea una máquina de crear y de sostener una relación de poder independiente de aquel que lo ejerce; en suma, que los detenidos se hallen insertos en una situación de poder de la que ellos mismos son los portadores” (Foucault, 2003, pág. 185).

Por tanto, gracias a este control ejercido en el individuo y de la fuerte estructura disciplinaria, que se gobierna el estado. Ya no se precisa de saber las intenciones del enemigo como comentaba Sun-Tzu, pues ya se sabe todo y cada uno de los movimientos que el individuo puede hacer. No se necesita de un control de la balanza y del engaño para mantenerse en el poder. El control que ejerce esta fuerza de vigilancia y castigos no permite al pueblo escapar de esta red. Pues se ve demasiado observado para ello, y por tanto cambia su conducta.

Asimilación del carcelero

Encontramos entonces, que las virtudes del gobernante se han convertido en prácticamente idealizaciones del gobierno. No necesita el soberano tenerlas, pues la propia estructuración de la sociedad ya lo hace por él. Esta nueva sociedad disciplinaria, transforma el engaño en vigilancia aparente, en el arte del control en conductas y horarios, y en el pueblo en una máquina de producción. Ha transformado el modelo de muerte, del control de la muerte, en un control de la vida, más fuerte y poderoso, que somete al individuo con fuerza aplastante.

Sin embargo, pudiera parecer que esta sociedad incide en un control perfecto de la población, pero no es exactamente así. Este exceso de negatividad creado por las prohibiciones que intentan cambiar las conductas del individuo genera que este quiera rebelarse, que su mente tras el sometimiento del cuerpo se vuelva loco o quiera cometer un crimen. Ya no le importa ser visto, pues lo hará igualmente. Ya no supone una muerte tras ser enjuiciado, sino una condena a la vida que pese a tenerlo interiorizado sigue dando causa a revueltas. Pues el individuo no quiere ser observado. Intenta tirar por la borda los ojos de quien lo mira e intenta romper con la disciplina, aunque la tenga ya consigo. Los individuos son capaces de salirse de este control porque no quieren desde un principio ser controlados, pese a que su cuerpo esté adiestrado, su corazón le incita a liberarse, a librarse de las cadenas del carcelero.

No solo con esto, la sociedad disciplinaria ha creado un modelo, una estructura en que el individuo se ve inmerso, pero que no se siente a gusto, se siente enemigo. Como hablamos al principio, la distinción del amigo-enemigo, supone una de las delimitaciones de lo político. Y el que todavía exista esta fricción en la población genera que no sea un control absoluto, que haya fallas, en el que el poder se escape e intente luchar contra aquello que le es distinto.

¿Es posible superar este control? ¿Existirá quizás algo que se le escape a la sociedad disciplinaria? Con la lectura de las dos anteriores obras nos damos cuenta del mayor error de esta nueva forma de gobierno, de esta nueva forma de control. Cuando hablábamos del poder supremo tanto en Sun-Tzu como en Maquiavelo, se nos hacía ver que la forma de poder suprema es aquella en la que se quiebra la resistencia del enemigo sin luchar, en la que se

controla al individuo sin que lo sepa, en la que el poder no es visible, no es aparente, es silencioso. La sociedad disciplinaria hacer saber al individuo del control al que se somete, lo induce a ello y se lo hace interiorizar, sí; pero lo hace de manera forzada, golpeando con fuerza bruta y sometiendo.

En la evolución de la sociedad disciplinaria encontramos una asimilación de este concepto de poder supremo, de una fuerza que no es visible, y que incluso se forma con la palabra amigo. Es en la sociedad del rendimiento, en la sociedad del cansancio donde encontramos estas características. Por ello nuestras siguientes obras a analizar se basen en esta positividad del amiguismo y en la utilización de este poder.

El positivista (*Psicopolítica y La sociedad del cansancio de Byung-Chul Han*)

Las obras de Byung-Chul Han, *Psicopolítica* y *La sociedad del cansancio*, tratan acerca de la composición de nuestra sociedad en comparativa con la anterior. Reflexionando e incidiendo en un análisis de esta y en los puntos en los que el individuo se ve afectado.

Esta nueva sociedad originada se basa en el positivismo, en el rendimiento y en la autoexplotación. El individuo no solo no se siente controlado, sino que participa, pues la sociedad es la que le invita a seguir el ritmo. A ser controlado mediante una libertad incondicional.

De la biopolítica a la psicopolítica.

Según Byung Chul-Han el poder tiene formas muy diversas de manifestarse. La más indirecta pero inmediata se exterioriza de forma negativa, negando la libertad. Esto capacita a los poderosos a imponer su mandato y voluntad mediante la violencia, sometiendo al individuo bajo su poder. Sin embargo, como hemos mencionado, el poder no reside solo en esa forma destructiva y violenta, también puede presentarse de otra forma. Es aquí en una de sus manifestaciones que encontramos el poder supremo.

“El poder que depende de la violencia no representa el poder supremo. El solo hecho de que una voluntad surja y se oponga al poderoso da testimonio de la debilidad de su poder. El poder está precisamente allí donde no es tematizado. Cuanto mayor es el poder, más silenciosamente actúa.” (Han, *Psicopolítica*, 2021, pág. 27).

Una vez más, observamos que Byung-Chul Han coincide con Sun-Tzu y Maquiavelo, el poder supremo no es el aparente que se deja ver con fuerza destructiva, sino aquel que ataca sin ser visto, que gana sin luchar, que controla sin ser notado.

El poder puede referirse a la prohibición, a la violencia o la represión como hemos visto. Pero no tiene por qué tener estas características. Es solo en la forma más negativa del poder que se manifiesta como un torbellino que destruye y desintegra a su paso. En la sociedad actual, el poder adquiere una forma permisiva, se presenta con amabilidad y ofrece libertad en vez de sometimiento.

Anteriormente con el carcelero, cuando hablábamos del poder disciplinario, tratábamos el tema de su negatividad, cómo esta prohibía y sometía al sujeto constantemente. Sin embargo, en una sociedad propia del neoliberalismo, donde todas las posibilidades son infinitas, donde existe una motivación y una positividad absurda, donde este poder ya no tiene cavidad.

“La técnica de poder propia del neoliberalismo adquiere una forma sutil, flexible, inteligente, y escapa a toda visibilidad. El sujeto sometido no es ni siquiera consciente de su sometimiento. El entramado de dominación le queda totalmente oculto. De ahí que se presuma libre” (Han, *Psicopolítica*, 2021, pág. 18).

Este nuevo tipo de control no intenta controlar la voluntad del sujeto que quiere someter, sino que dirige e incluso acompaña de la mano a la propia voluntad del individuo

hacia donde le conviene. No intenta prohibir dictaminando lo que no hacer y criminalizando a los que incumplen, sino que seduce al sujeto y le da facilidades para seguir el camino que la sociedad precise. Asume una positividad que acoge al pueblo y le da seguridad y confianza, le incita y anima a seguir el camino.

“El poder inteligente se ajusta a la psique en lugar de disciplinarla y someterla a coacciones y prohibiciones. No nos impone ningún silencio. Al contrario: nos exige compartir, participar, comunicar nuestras opiniones, necesidades, deseos y preferencias; esto es, contar nuestra vida.” (Han, Psicopolítica, 2021, pág. 29).

Este poder que desprende amabilidad y libertad no niega o somete la libertad del individuo, sino que se aprovecha de ella, la explota. El individuo solo es el que se somete por su propia voluntad, va cayendo en el entrelazado y complejo mecanismo consumiendo cada vez más y más. El neoliberalismo, esta nueva sociedad, es un capitalismo basado en el me gusta, no opera prohibiendo sino dando, y fomentando la comunicación.

Cuando en el carcelero hablamos de la evolución que nos comentaba Foucault, incidimos en ese cambio de paradigma en el que los castigos ya no se hacían por venganza, ya no se observaba esa fuerza devastadora que controlaba la muerte, sino como un poder que disciplinaba. Este poder soberano que actuaba amenazando con la muerte, se distingue del poder disciplinario en cuanto que ya no ejerce su dominio en la muerte sino por el contrario en el control absoluto de toda vida.

“El viejo poderío de la muerte cede ante la administración de los cuerpos y la gestión calculadora de la vida” (Han, Psicopolítica, 2021, pág. 33) .

El poder disciplinario nacido de la ley, de la norma, somete al individuo en conductas, prohibiciones, horarios y movimientos repetitivos; genera sujetos obedientes mediante esa negatividad que mencionábamos. En esto, es parecido al poder del soberano, pues ambos explotan al individuo, lo hacen de manera ajena. Sin embargo, es en el descubrimiento de cómo controlar a la población que la sociedad disciplinaria se aleja. Aprende cómo controlar la natalidad, la reproducción, la calidad de vida, el bienestar, y la longevidad. Explota completamente el cuerpo de la población. Asume una política basada en la *-bios* (referente a la vida natural), adquiere una biopolítica. Pero este control, no tiene lugar en una sociedad impuesta por el capitalismo, el consumismo y el neoliberalismo.

“La biopolítica es la forma de gobierno de la sociedad disciplinaria. Pero es totalmente inadecuada para el régimen neoliberal que explota la psique...La demografía no es una psicográfica, No explora la psique. En esto reside la diferencia entre la estadística y el Big Data” (Han, Psicopolítica, 2021, pág. 35).

Es en esta situación donde nace un nuevo sistema político, una nueva forma de control que se introduce en la psique sin ser visto y hace creer al individuo que las decisiones que toma son por su propia voluntad. Aquí nace la psicopolítica.

Esta psicopolítica abarca una forma totalmente distinta de explotación. No se intenta someter el tiempo de trabajo sino también a todo lo que conlleva esa persona: su ocio, pensamiento, gustos, atención, en general su propia vida.

De esta forma, el neoliberalismo descubre a la persona en sí y se aprovecha entera de ella, no explota con un fin y utiliza al individuo como herramienta para ello, sino que explota

a la propia persona. No intenta hacerse con el cuerpo de la persona, como veíamos en la época de la soberanía o en el poder disciplinario, esta explota completamente la psique. Por esto encontramos enfermedades que antes eran poco conocidas o que no existían como la depresión o el síndrome del burnout. Ante esto, surge el concepto de terapia, de psicología y de curación.

“La fórmula mágica de la literatura de la autoayuda norteamericana es la curación. Designa la optimización personal que ha de eliminar terapéuticamente toda debilidad funcional, todo bloqueo mental. La permanente optimización personal, que coincide totalmente con la optimización del sistema, es destructiva. Conduce a un colapso mental. La optimización personal se muestra como la autoexplotación total” (Han, Psicopolítica, 2021, pág. 46).

Esa positividad absoluta no es posible totalmente en la mente humana, de esta forma, nacen estas nuevas enfermedades. Necesita y requiere la psique humana coexistir con lo negativo, por ello, que la psicopolítica aprovecha este momento de negatividad como dolor y curación en pos de mejorar la productividad, de mejorar la explotación y optimizarse. Pero es en esencia, este exceso de positividad el que genera una violencia mayor que la negatividad. Pero esta no es aparente, no se hace ver como enemigo, piensa que el problema es propio del individuo y no de la sociedad.

“El sujeto del régimen neoliberal perece con el imperativo de la optimización personal, vale decir, con la coacción de generar continuamente más rendimiento. La curación se muestra como asesinato” (Han, Psicopolítica, 2021).

El Big Brother amable y la sociedad del cansancio

Encontramos en esta sociedad un control absurdo de la población, donde el individuo no se siente ajeno a ella, sino que forma parte y culpa de todo lo que les ocurre a sus decisiones, a su voluntad. Cuando algo sale mal, no hay cosecha o hay muchos impuestos se condenaba al soberano y se le difamaba (algo que debía evitar). Ahora esa difamación se hace contra el individuo mismo ¿Pero ¿cómo es posible que se dé este control? ¿Qué es lo que lo posibilita?

Uno de los libros de ficción más conocidos cuando hablamos de sociedades de control es *1984* de George Orwell. En esta novela, dominada por ese espíritu de la Guerra fría, persiste una guerra permanente, una hostilidad negativa. Se presupone que las bombas que caen constantemente son obra del partido Big Brother quienes realizan este cometido para mantener bajo control a la población, mediante el uso del terror. Domina una extrema personificación de la sociedad disciplinaria. Un control del miedo absoluto protagonizado por pantallas, televisores, cámaras de vigilancia y salas de tortura este Big Brother incide en la población al igual que lo hace el panóptico de Bentham. Se presenta de manera total, omnipresente vigilando y atemorizando a toda la población.

La sociedad neoliberal hace uso de un panóptico digital, que lleno de dispositivo móviles, ordenadores e internet sabe todo acerca de cada individuo; pero este no es vigilante

y acechante como lo es el Big Brother, nadie se siente observado ni amenazado. El individuo se siente libre de sus actos, y es en esta libertad que se diferencia del Big Brother.

“El panóptico digital se sirve de la revelación voluntaria de los reclusos... Se explota la libertad constantemente. En el panóptico digital no existe ese Big Brother que nos extrae informaciones contra nuestra voluntad. Por el contrario, nos revelamos, incluso nos ponemos al desnudo por iniciativa propia” (Han, Psicopolítica, 2021, pág. 55).

Esta nueva sociedad de control es muchísimo más eficiente que la disciplinaria, que la soberana o incluso que el estado vigilante de Orwell, pues la información, el control y la comunicación están en perfecta armonía. Cada uno se explota a sí mismo, cada uno se ejerce el panóptico a sí mismo por voluntad propia.

Esta autoexplotación viene supeditada por el exceso de positividad, que, junto a los estímulos, el consumismo y la sobrecarga de información y de impulso modifica radicalmente la estructura y la economía de la atención.

Técnicas como el multitasking se hace florecer para mejorar el rendimiento, exponiendo como esta habilidad forma parte de una evolución y de una destreza nueva del ser humano. Sin embargo, según Byung-Chul Han esta habilidad la encontramos ya en el reino animal. Aquel animal salvaje que intentando sobrevivir está pendiente no solo de comer, de proteger a sus crías a la vez que intenta visualizar posibles amenazas. Así pues, el multitasking no supone un avance para la humanidad sino un retroceso, aquel mundo animal que lejos de vivir, intenta sobrevivir.

Esta sobrecarga de estímulos que conlleva no solo el multitasking sino todos los estímulos de las nuevas redes sociales, los videojuegos, y en general la sobredosis de información, llevan consigo un aburrimiento llevado a lo extremo. El individuo ya no es capaz de contemplar, no es capaz de detenerse pues se aburre. Precisa de estar todo el rato en constante rendimiento y constante optimización, que le lleva a un cansancio mental y espiritual.

“La sociedad de rendimiento y actividad produce un cansancio y un agotamiento excesivos. Estos estados psíquicos son precisamente característicos de un mundo pobre en negatividad y que, en su lugar, está dominado por un exceso de positividad” (Han, La sociedad del cansancio, 2022, pág. 66).

La sociedad, el burnout y los muertos en vida

El individuo se ve sometido sin saberlo, pues él mismo ha querido someterse. En vistas de la amabilidad y la positividad de la sociedad cualquier sujeto se ve inmerso en ella. Es como entrar en un mundo de posibilidades infinitas, de placeres inmediatos e información absoluta al alcance de tu mano. Sin embargo, los efectos de la degeneración del control, de la violencia que ejerce el poder no son visibles a corto plazo, son presenciados y sentidos a largo plazo, para cuando el individuo tan sumergido en la sociedad piensa que el problema es suyo. Persiste en él una ansia de rendimiento, de producción y de autorrealización que conllevan a un declive. Solo se escucha a sí mismo, no es mandado más que por su yo, y por eso no existe un conflicto de intereses ni siente que está obedeciendo o acatando órdenes.

“El sujeto de modernidad tardía al que se le exigen rendimientos no desempeña ningún trabajo obligado. Sus máximas no son la obediencia, la ley ni el cumplimiento del deber, sino la libertad y la voluntariedad. Lo que más se espera del trabajo es una ganancia en términos de placer. Tampoco actúa por mandato ajeno. Más bien se escucha sobre todo a sí mismo. Al fin y al cabo, tiene que ser empresario de sí mismo.” (Han, La sociedad del cansancio, 2022, pág. 80).

Es en estos efectos a largo plazo donde se observan enfermedades o estados como el colapso psíquico que se designa como burnout o síndrome del trabajador quemado. Consiste en un bucle infinito de autoexplotación y autorrealización que ofrece beneficios a la sociedad y que en base a que el sujeto cree estar avanzando para el bien del sí mismo se siente beneficiado al mismo tiempo. Por esto, aunque los efectos se den de manera clara, la persona cree que es por no haber conseguido alcanzar esa meta, esa autorrealización.

“La sensación de haber alcanzado un objetivo no se evita adrede, sino que más bien, nunca se produce el sentimiento de haber alcanzado un objetivo definitivo... no es capaz de hacerlo. El imperativo de rendimiento lo fuerza a aportar cada vez más rendimientos... Como en último término compite contra sí mismo, trata de superarse hasta que se derrumba” (Han, La sociedad del cansancio, 2022, pág. 82).

Si la histeria y la locura eran enfermedades de una sociedad disciplinaria cargada de negatividad, que en su represión conducía a la inconsistencia. Son la depresión y el burnout las enfermedades de esta nueva sociedad dominada por el control de uno mismo, por el control político que pese a ser puesto por la sociedad, como nosotros los que nos aferramos y lo hacemos nuestro.

Realmente el sujeto de la sociedad del burnout (si lo catalogamos ya en su defecto) no está realmente sometido a nada. Ha dejado realmente de ser sujeto, para convertirse en un proyecto de vida, que la sociedad acompaña de la mano hasta que nosotros mismos somos dueños de ese sueño y nos agotamos por conseguirlo corriendo siempre hacia delante, no permitiendo la negatividad y siempre pensando en volver a levantarte.

Existe pues una diferencia aún mayor con la sociedad disciplinaria y la soberana, la disciplinaria no puede controlar una vida que ya se ha encauzado en un proyecto y que se agota con su propio control, y la soberana no puede matar a alguien que por su autoexplotación y rendimiento abusivo ya está muerto.

“Su vida parece la de un muerto viviente. Son demasiado vitales como para morir, y están demasiado muertos como para vivir” (Han, La sociedad del cansancio, 2022, pág. 101).

Asimilación del positivista

Así pues, la sociedad del positivista es una sociedad donde el control se ejerce de manera sublime y el poder supremo hace presencia sin ser visto. Es una sociedad que se controla a sí misma, es objeto de una sociedad que no le obliga ni le someti6, todo lo contrario, le 6nimo haciendo que su propia voluntad sea la que la sociedad quer6a para 6l. Son presas de su propia autoexplotaci6n y autorrealizaci6n, son v6ctimas y verdugos al mismo tiempo, son asesinos y v6ctimas de s6 mismos. Son vidas proyectadas siempre hacia delante, muertos vivientes sin un rumbo fijo pero que corriendo van al objetivo, demasiado cansados para vivir, pero demasiado vivos como para morir.

Conclusiones y Ep6logo

Quiz6s esta sociedad del burnout que hemos visto sea la m6s peligrosa de las tres pues acarrea consigo un desgaste absurdo en el individuo. Sin embargo, y en el tema que nos ocupaba, es posible que sea la sociedad m6s cercana al poder pol6tico y de control perfecto. La categorizaci6n de su poder es suprema, pues no es visible e incluso si lo es, el propio individuo no quiere salir o no sabe c6mo. Reside en ella, una producci6n excesiva, el pueblo se autoexplota a s6 mismo y genera lo que la sociedad le dictamine sin reproches ni revueltas, pues su pensamiento es el de que toda decisi6n es propia de su voluntad. Ejerce un control excesivo sobre la poblaci6n que lejos de estar libres, viven en una libertad falsa supeditada al rendimiento, todas las decisiones que toman son en pos de la sociedad y ellos piensan que es para el bien de ellos mismos. No existe violencia expl6cita, y si se da, se produce como desgaste ps6quico y emocional producido por un aburrimiento extremo por la sobreexposici6n a est6mulos, informaci6n y pensamientos. Que lejos de llevar consigo una revelaci6n contra la sociedad se siente atacado por 6l mismo y piensa que es culpa suya. E incluso con esto, tambi6n sale de lo pol6tico absorbi6ndolo todo, pues son existe la distinc6n enemigo-amigo, no hay un enemigo contra el que luchar, el 6nico que puede ser un rival somos nosotros mismos.

Por tanto, y tras este an6lisis, no sabemos qu6 nos deparar6 el futuro, ni si existir6 un nuevo tipo de sociedad que cambie las tornas. Pero lo que est6 claro es que por el momento nuestra sociedad, la sociedad del burnout es la m6s abusiva, con el control m6s perfecto y el poder m6s supremo de la historia de la humanidad.

Bibliografía

Foucault, M. (2003). *Vigilar y Castigar Nacimiento de la prisión* (Digital ed.). Buenos Aires: Siglo veintiuno editores Argentina s. a. Obtenido de <https://www.ivanillich.org.mx/Foucault-Castigar.pdf>

Han, B. -C. (2021). *Psicopolítica*. Barcelona: Herder.

Han, B. -C. (2022). *La sociedad del cansancio*. Barcelona: Herder.

Maquiavelo, N. (1989). *El Príncipe* (Vol. 80). Madrid: Club Internacional del Libro.

Schmitt, C. (2009). *El concepto de lo político*. Madrid: Alianza editorial.

Sun-Tzu. (2009). *El arte de la Guerra*. Barcelona: Ediciones Obelisco.